

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 29 DE AGOSTO DE 1909

NÚMERO 87



UNA BUENA LECCION

Caminaba cierto día solo y cerca de las fronteras del desierto un *derwich* muy viejo. Llámense *derwiches*, del persa *darvish*, que significa pobre, una especie de frailes mahometanos que se dedican especialmente á predicar moral.

Sumido en graves reflexiones, parecía fatigado, y con la cabeza in-

Ayuntamiento de Madrid

clinada hacia el suelo y llevando fijos en él los ojos, caminaba y caminaba sin que nada le hiciera salir de su meditación.

Dos hombres, que parecían mercaderes, se le acercaron y le dijeron:

—¿Podrías decirnos, hombre piadoso, si has visto un camello que hemos perdido, se ha escapado de nuestra caravana y creemos que en esta dirección?

—No, yo no he visto vuestro camello. Pero decidme: ¿vuestro animal es tuerto del ojo derecho?

—Perfectamente; ya sabíamos que le debías haber encontrado.

—No, yo no he visto vuestro camello. Pero decidme: ¿vuestro animal tiene estropeada una pata del lado izquierdo?

—Confiesas que le has visto.

—No, yo no he visto vuestro camello. Pero decidme: ¿no tiene vuestro animal un diente roto?

—Sí. Dinos pronto por dónde ha ido y no perdamos el tiempo. ¿Dónde le has visto?

—Yo no he visto vuestro camello. Pero decidme: ¿no lleva vuestro animal una carga de miel en un lado y...?

—Basta de preguntas. Tú sabes dónde está nuestro camello. ¿Por dónde ha pasado?

—No, yo no sé dónde está vuestro camello. Pero en vez de interrumpirme, respondedme. ¿Llevaba vuestro animal una carga de miel en un lado y en el otro una carga de arroz?

—Esto es demasiado. Insistes en que no has visto á nuestro camello y declaras que es tuerto del ojo derecho, que tiene una pata izquierda estropeada, que le falta un diente y que lleva una carga de miel en un lado y una de arroz en el otro. Te equivocas al burlarte de nosotros. Bastante desdicha tenemos con haber perdido nuestra bestia para que además te sirvamos de diversión. Mejor harías en orientarnos, en decirnos en qué dirección ha huído.

—No—repitió por sexta vez el *derwich*,—no, yo no he visto vuestro camello. Ni siquiera sabría que habíais perdido uno si no hubierais venido á decírmelo.

Entonces los dos mercaderes montaron en cólera.

—Tú eres un ladrón—gritó uno,—un ladrón disfrazado de *derwich*.

—Devuélvenos al menos las joyas que formaban parte de la carga de nuestro animal—aulló el otro.

Y amenazaron al fraile mahometano con una paliza si no les restituía lo que le acusaban de haber guardado y si no les daba las indicaciones que le pedían. Según ellos, era imposible que no hubiese visto al fugitivo, del cual daba tantos detalles. De buen ó mal grado tenía que decidirse á ayudarles á buscarlo.

Pero á los gritos y á las amenazas el bondadoso viejo contestó sonriendo:

—Sois unos baculaques, hijos míos.

El furor de los mercaderes llegó al extremo. Les robaba. Se burlaba de ellos y les insultaba.

Agarraron por la túnica al *derwich*, y brutalmente, sin ser dueños de sus palabras ni de sus obras, le condujeron á la población más cercana, á casa del juez, al que con grandes gritos y grandes gestos contaron su desventura.

Las gentes del pueblo que les habían visto pasar gritando fuertemente pensaron que algún grave percance les había ocurrido, y en tropel les siguieron hasta la misma sala del tribunal.

El *derwich* estaba tan tranquilo como excitados estaban los mercaderes.

Después de escuchar el magistrado la acusación, preguntó al fraile musulmán qué tenía que alegar en su defensa.

—Nada, nada, nada—dijo midiendo sus palabras.

Le registraron, sin encontrarle ningún objeto de valor. Intentaron, sin éxito, interrogarle de nuevo. Se obstinó en permanecer mudo. Le amenazaron con los mayores castigos y se encogió de hombros.

Acabó por ganarse la antipatía de todos cuando le vieron reírse á carcajadas como si estuviera muy divertido.

Los mercaderes estaban confusos y avergonzados, porque no podían demostrar que él era el ladrón del camello y de su carga, puesto que no había ninguna prueba del robo.... Sin embargo, cómo explicarse los detalles que había dado tan exactos del animal extraviado.

El juez se rascaba la oreja, se frotaba la nariz, se pasaba la mano por el pelo y se preguntaba qué sentencia dictaría que fuese justa.

—Debe ser un hechicero—exclamó alguno,—hay que quemarle vivo delante de todo el pueblo.



Ayuntamiento de Madrid



ALFONSITO EL SABIO

(CONTINUACIÓN)

PERICO. ¡Yo...!

MARUJA. *(Le hace señas y acaba por acercarse y hablarle al oído.)* Tú te crees que nadie sabe encontrar los senderos más que tú y los que habéis sido pastores. Es muy vanidoso en esto Perico, aquí donde ustedes le ven. *(Aparte.)* ¿No ves que estás asustando á la señora, soso?

SEÑORA. Está anocheciendo y no vuelve.

ESCENA VIII

DICHOS, LATORRE y D. JUAN

LATORRE. Luego continuaremos hasta sacar las puntas. Ahora hay que hacer por la vida. ¿Qué es esto? ¿No hay todavía ni preparativos de cena?

SEÑORA. ¡Ay, hijo, qué disgusto!

D. JUAN. ¿Disgusto?

LATORRE. ¿Qué ocurre?

SEÑORA. Alfonsito que no parece...

LATORRE. ¡Bah...!

SEÑORA. Salió en bicicleta para internarse por los pinares, y sin duda no ha sabido volver.

LATORRE. Así aprenderá á no meterse en lo que no entiende.

SEÑORA. ¡No digas eso, por Dios! La noche hará más difícil su vuelta, y tendrá que quedarse en el campo.

LATORRE. Afortunadamente, el tiem-

po está espléndido, y pasará una noche hermosísima.

SEÑORA. ¡Sólo en un bosque!

LATORRE. Un muchacho valiente como él, que quiere ser militar, la pasará tranquilo y animoso...

SEÑORA. ¡No puedo oírte con calma! ¿Ves como no le quieres como yo?

LATORRE. Como tú, no; tienes razón. Porque tu cariño es ciego, y no distingues lo que es por su bien de lo que puede serle perjudicial.

D. JUAN. Pero hombre, yo creo que...

LATORRE. Tú puedes creer lo que mejor te parezca; yo opino que mi hijo, con su incorregible vanidad, se ha querido dar tono de sabio excéntrico y distraído, y se ha perdido en los pinares... sólo por hacerse el interesante.

D. JUAN. ¡Eso es admirable! Debemos ir en su busca.

SEÑORA. ¡Sí, por Dios! ¡Corran ustedes!

JACOBO. ¡Sí, vamos!

RAFAEL. ¡Sí, vamos!

LATORRE. No; los niños, no. Se ha perdido uno, y es bastante. No tengamos luego que buscar á otros dos más.

D. JUAN. Tienes razón. Vosotros quedaos acompañando á la tía y á Purita. Debemos di-

vidirnos en grupos para explorar el bosque por todos lados. Yo iré con el jardinero.

PERICO. Yo iré por otro lado á ver.

D. JUAN. ¿Tú, tan pequeño?

PERICO. ¡Conozco *mu* bien los pinares en tres leguas á la redonda!

LATORRE. Somos pecos para explorar prontamente un terreno demasiado extenso y difícil. Voy á ver al alcalde para que disponga que salgan algunos hombres prácticos á recorrer los pinares.

SEÑORA. ¡Sí, por Dios!

PURA. ¡Ay, sí, papá! ¡Dios te bendiga!

LATORRE. Y ofreceré 500 pesetas al que lo encuentre.

PERICO. ¡Anda, Dios! ¡Cuánto dinero!

LATORRE. (*A su mujer.*) Y conste que todo esto lo hago por tí, que estás muriéndote de angustia, porque por él, le dejaría pasar la noche al raso, para escarmiento de su petulancia.

SEÑORA. ¡Pobre Alfonsito!

LATORRE. ¡Sí, pobre de él si no se corrige de esa vanidad ridícula, que tanto perjudica

á lo mucho que valdría sin ella!

D. JUAN. ¡Ea! ¡Vamos!

PERICO. ¡Vamos!

LATORRE. ¡Vamos!

SEÑORA. ¡Que Dios os guíe!

MARUJA. (*A la señora.*) ¡Ya verá usted qué pronto vuelve!

PURA. (*A Maruja.*) Vamos á ir, porque lo encuentren pronto.

MARUJA. ¡Así sea!

SEÑORA. Yo, con los niños, iré hasta la carretera para veros llegar cuanto antes.

JACOBO. Sí, nosotros la acompañaremos.

PURA. Y yo, ¿no puedo ir?

LATORRE. No, hija mía. A tí te podría hacer daño el relente. Ya que hemos adelantado tanto no lo echemos á perder por una imprudencia.

MARUJA. Yo me quedaré acompañándola.

PURA. ¡Qué buena eres!

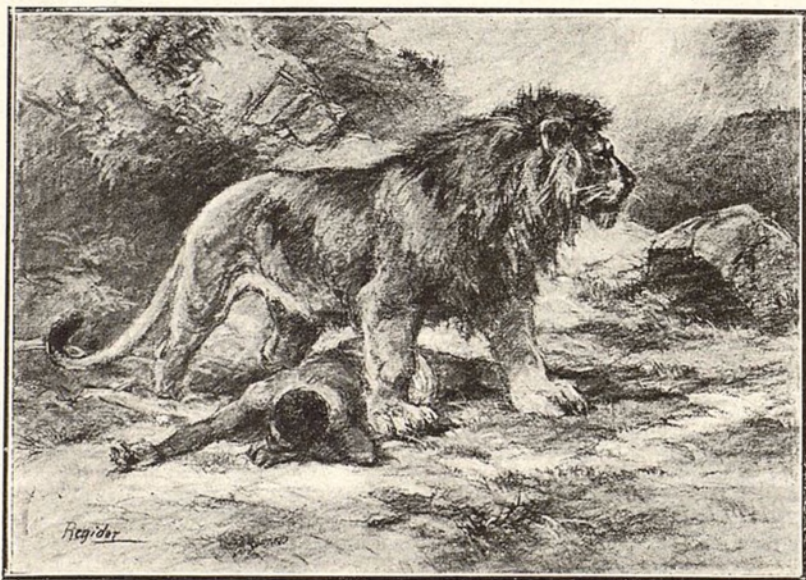
MARUJA. ¡Vaya una cosa!

LATORRE. ¡En marcha! ¿Por dónde habrá ido este tontín? Vaya un susto que ha causado á su madre el muy petulante.

D. JUAN. ¡Hasta pronto!

PERICO. ¡Quinientas! ¡Qué *barbaridad* de pesetas!

FIN DEL CUADRO PRIMERO



RELATOS DE CAZA

EN LA MONTAÑA ABISINIA

Siguendo el tortuoso vuelo de los buitres y el camino que los negros cuervos trazaban en el espacio, llegaron los habitantes de la selva abisinia á descubrir la guarida del apacible león que diezmaba sus rebaños. Vivía éste en una caverna situada en medio de un verdadero laberinto de extrañas y gigantescas rocas, que parecían fantasmagóricos centinelas puestos allí para vigilar los hondos valles y los frescos prados. Una noche, ya cercana la aurora, se trasladaron á sus inmediaciones 10 de los más valientes armados de largas lanzas y de poderosos arcos y de buen número de flechas envenenadas. Cuando llegaron, el león andaba entregado á sus correrías, y como esto era lo que ellos deseaban, se repartieron por los peñascales cercanos al cubil y se dispusieron á esperar pacientemente la vuelta de la fiera.

Pasada algún tiempo hizo su aparición la aurora, pero no riente y alegre, sino ceñuda, sombría y tormentosa. Densas nubes plumizas cubrían el cielo; brillantes relámpagos fustigaban el espacio, y los truenos, retumbando con apocalíptica sonoridad, parecían agarrarse á las rocas. Los abisinios, llenos de espanto, siguieron todavía un rato en sus puestos; pero cuando la tormenta, avanzando en alas del vendaval, llegó á colocarse sobre ellos y las primeras gotas de agua bañaron sus robustas y desnudas espaldas, un terror casi religioso los invadió, y saliendo de sus escondrijos, huyeron monte abajo sin pensar más

que en llegar cuanto antes á su *kraal*. Sin dejar de lamentarse por no haber dado muerte al león, caminaban por una estrechísima garganta perdida en medio de dos filas de roca. La verdad era que sus mujeres los menospreciarían, sus amigos se burlarían de ellos y su valentía quedaría para siempre en entredicho.

—¿Vamos á volver?—dijo uno de ellos.

Pero como si quisiera decirle que no había necesidad de moverse de allí para encontrarle, surgió el león de lo alto de un peñasco. Su rugido agudo y penetrante vibró poderoso en medio del estruendo de la tempestad. Requirieron los abisinios sus arcos; pero antes de que pu-



dieran dispararlos, el león dió un salto formidable y cayó sobre ellos, cogiendo á uno bajo el peso de su cuerpo. Los demás huyeron; luego, cuando estuvieron un poco distanciados, volvieron las caras, y puesta una rodilla en tierra, comenzaron á lanzar flechas contra la fiera. Esta las aguantaba impávida rugiendo dolorosamente y sacudiendo las rojas melenas, pero sin abandonar su presa, hasta que al fin, obrando el veneno que emponzoñaba las flechas, hubo de caer muerta. Entonces acudieron los abisinios, é improvisadas unas parihuelas, colocaron en ellas el cadáver del león y el de su compañero, y á la luz fatídica de los últimos relámpagos se dirigieron á su *kraal* cantando un himno de victoria...

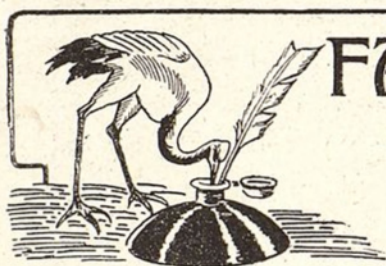
JOSÉ A. LUENGO.



MURAT EN EYLAN

La batalla de Eylau fué dura y terrible, como todas las de la campaña de Napoleón en Rusia. En el momento crítico empezó á nevar copiosamente impidiendo á las tropas napoleónicas todo movimiento. Una de las

mejores columnas perdió su dirección. Entonces Murat reunió bajo su mando las divisiones que operaban y cayó sobre los rusos en un esfuerzo supremo que decidió la victoria. Era el 8 de Febrero de 1807.



FABULAS ESCOGIDAS

LA URRACA Y LA MONA

A una mona muy faimada dijo un día cierta urraca:
«Si vinieras á mi estancia ¡cuántas cosas te enseñara! Tú bien sabes con qué maña robo y guardo mil alhajas; ven, si quieres, y verás las escondidas tras de un arca.»
La otra dijo: «¡Vaya en gracia!», y al paraje la acompaña.

Fué sacando doña Urraca una liga colorada, un fontillo de casaca, una hebilla, dos medallas, la contera de una espada, medio peine y una vaina

de fijeras, una gasa, un mal cabo de navaja, tres clavijas de guitarra y otras muchas zarandajas.

«¿Qué tal?—dijo— Vaya, hermana, ¿no me envidia? ¿no se pasma? ¡A fe que otra de mi casta, en riqueza no me iguala!»

Nuestra mona la miraba con un gesto de beileca; y al fin dijo: «¡Patarafa! ¡Has juntado lindas maulas... Aquí tienes quien te gana, porque es útil lo que guarda. Si no, mira mis quijadas; bajo de ellas, camarada,

hay dos buches ó papadas que se encogen y se ensanchan... Como aquello que me basta, y el sobrante guardo en ambas para cuando me haga falta. Tú amontonas, mentecata, trapos viejos y morralla; mas yo, nueces, avellanas, dulces, carne y otras cuanías provisiones necesarias.»

¿Y esta mona redomada habló sólo con urraca?
Me parece que más habla con algunos que hacen gaita de confusas misceláneas y farrago sin substancia.

TOMÁS IRIARTE



LAS BONDADES DE NINI

XLI

El dulce, ó mejor dicho, los dulces que me trajó Piluca los repartí con las niñas y con las madres. A Luz la di mucho, y eso que no se lo merece; no, señor, ni pizca se lo merece por ñoña; pero yo soy muy generosa, y, ¡claro!, se lo di. A todas las gustó muchísimo y decían que Piluca es una chica encantadora; ¡anda, y se relamían y todo! Cuando estábamos comiéndolos, dije:

—¡Atiza, madre Rosario! ¿Se está usted chupando el dedo?

—Mira, Nini—contestó,—ni me chupo el dedo ni se dice *atiza*.

—No, si á mí no me parece mal, no se vaya usted á creer. ¡Es lo que debe hacerse cuando se unta un dedo con dulce, chuparlo! ¡Ah, madre Rosario! Tengo que pedir á usted un permiso.

—¿Para qué?

—Pues para que me permita usted echarme un rato en la camita mientras están ustedes en la capilla haciendo la función y rezando.

—¿Y á qué viene eso?

—No viene á nada; es que me ha dado un dolor de cabeza atroz y...

—Te llevaremos á la enfermería y se llamará al médico.

—¡Qué barbaridad! No es para tanto, es así un poco...

—Vamos, sí, las malas ideas de la señorita Nini que se habrán alborotado y producen dolorcillo, ¿no?

—Vamos, madre Rosario, sea usted buena y déjeme ir á echar un rato; otro día rezaré todo junto. Ya ve usted si me pongo mala, mis papás llorarán, mis abuelitos llorarán, Piluca llorará...

—¡Un mar de lágrimas! Bueno, te consiento lo que me pides, veremos si me haces arrepentir de la concesión.

Conque quedamos en eso, ¡y yo más contenta! ¿Pero se creen ustedes que me dolía la cabeza? ¡Huy qué tontos! ¡Quía! Si es que

estoy atroz de aburrida, y diciendo que me duele la cabeza no voy á la capilla, y como todas las niñas y todas las monjas estarán allí rezando, yo mientras tanto jugaré ó haré algo que me haga reir.

Pues señor, llegó la hora de la función de iglesia; todas se fueron y yo me eché en mi camita. Las madres me encargaron que fuese buena, buena, buena...

En cuanto se marcharon me levanté y empecé á pensar: ¿Qué haré Dios mío, qué haré...? ¡Ah! Lo primerito una cosa bien buena; no es de risa, no, pero tampoco es mala. Pensé cortar toditas las flores del jardín y ponérselas al Niño-Dios. ¿A que eso es bueno? ¡Ya lo creo! En seguidita que lo pensé, ¡zas!, lo hice. Cogí unas tijeras y me bajé corriendito al jardín; ¡tras!, ¡tras!, corté toditas las flores en un periquete... ¡Cuántas...! ¡Qué atrocidad...! Dejé el jardín peladito, peladito. Y llevé todo el delantal lleno dos veces y lo vacié delante del Niño Jesús. Fuí á colocar todas las rosas, los claveles, las azucenas, todas las flores encima del altar, cuando ¡me pegué una porción de pinchazos morrocotudos! ¡Pues vaya unas caricias que hacen las flores, carambita...! De pronto... no... sí... no... ¿lo haré...? ¿No lo haré...? ¿Será malo ó será sólo cosa de risa? ¡Bah! Es una broma, y las bromas no son cosas malas. Me decidí; corté los rabos de las rosas que tenían pinchos y los eché al delantal; me subí corriendo á los dormitorios... ¡Esto sí que es de más risa que los cucuruchos de moscas! ¡Atiza, y qué cara van á poner cuando se pinchen! Conque fuí y puse en las camas de las niñas los rabos de las rosas, ¡qué lástima!, ¡no tuve para todas! ¡Ay! ¡Gracias á Dios que me distraigo un poco, pensé, porque llevaba una temporada más aburrida! El caso es que dejé muy colocaditas otra vez las camas, y me volví al altar, arreglé las flores, y le dije al Niño-Dios:

— ¡Me voy á echar para que no me vean levantada! ¡Qué precioso he puesto el altar! ¡Hoy no dirá la madre Rosario que soy mala!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





ESPAÑOLES ILLUSTRES

EL DOCTOR ANDRÉS LAGUNA

En los siglos XV y XVI nacieron casi todos los grandes españoles, que inauguraron con su actividad en todos los órdenes la Edad Moderna, alcanzando gloria que llena las páginas de la Historia patria. Uno de ellos fué el segoviano Andrés Laguna, hijo de nobles castellanos. Su padre, médico de fama, le preparó el camino para llegar a la sabiduría, haciéndole cursar los primeros estudios en la ciudad natal, los de filosofía elemental en Salamanca, y los clásicos y de medicina en París. Completada su educación, dió el primer paso en la carrera de escritor publicando en 1535 una traducción del

Ayuntamiento de Madrid

griego al latín del tratado de Aristóteles con el nombre de *Fisonomía*, y una obra original en latín, llamada *Método de la Anatomía*.

Al año siguiente, precedido de justa fama, alcanzada en las escuelas y clínicas de la capital de Francia, se trasladó á España, consolidando su nombre como médico, latino y helenista notable, y como escritor castizo y elegante y filósofo profundo. Sus brillantes exposiciones le van dando mayor prestigio, y á poco de graduarse de doctor en la Universidad de Toledo en 1539, Carlos V, que ya tenía noticias de su profundo saber, le mandó llamar para que fuese uno de los que asistiesen á la Emperatriz, que estaba gravemente enferma.

Muerta la excelente Soberana de España, comprendiendo el Emperador el mérito de su nuevo doctor de Cámara, al ocurrir las grandes perturbaciones de Gante que le obligaron á trasladarse á Alemania, se hizo acompañar de Laguna, dando esto ocasión á que nuestro sabio luciera su talento, singularmente en Metz y Colonia, castigadas de una manera horrible por mortífera peste é interiores guerras, salvando en la primera, con su palabra y enérgica prudencia, del incendio y saqueo de un pueblo amotinado, ricos tesoros de arte y de valor científico, y adquiriendo además el general respeto defendiendo la conservación de los derechos civiles de los habitantes de aquel país.

Su labor científica, aplicada constantemente á su profesión, le hacen tener autoridad de botánico, debiéndosele la propagación en España de dicha clase de estudios. La Universidad de Bolonia le honró con el título de doctor y con el diploma de maestro de sus aulas; Carlos V le nombra médico del Real Palacio; Paulo III lo llama á Roma y le da igual cargo en su Cámara, y Julio III lo tiene á su lado como doctor y secretario privado hasta 1555 que pasa á Amberes.

Como escritor se distinguió en más de 25 obras, siendo las más notables la *Vida de Galeno*, un tratado de pesas y medidas medicinales, su *Epítome*, la traducción del griego al latín del libro de Aristóteles *Del mundo*, obra que dedicó á Carlos V; el *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia*, y su *Anatomía*, y otras muchas.

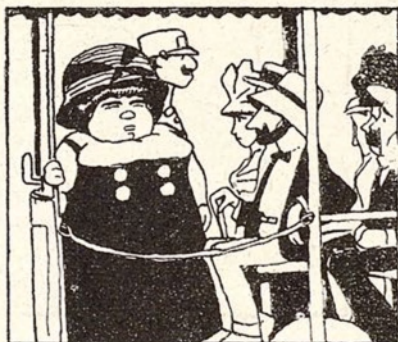
Se cita á Andrés Laguna en la *Anatomía* como descubridor de la válvula ileo-cecal, y algunos lo tienen por el precursor de Miguel Servet en el conocimiento de la circulación de la sangre.

Popularísimo en la corte española, amado en la de los pontífices, escuchado y tenido por gran maestro en las Universidades nacionales y extranjeras, es Laguna el hombre de ciencia, de firme sabiduría, que por dondequiera que va deja su nombre á la altura que merecen sus conocimientos. Su vida es una lucha incesante, un continuo combate con la rutina, el prejuicio y la ignorancia de grandes y pequeños, donde el que más victorias obtiene es el que alcanza la única y posible ventura que al hombre le es dado conseguir: la gloria.

Murió pobre en 1560, sin haber podido lograr en los últimos días de su existencia todo el bienestar que merecía.

ENRIQUE PACHECO DE LEYVA.

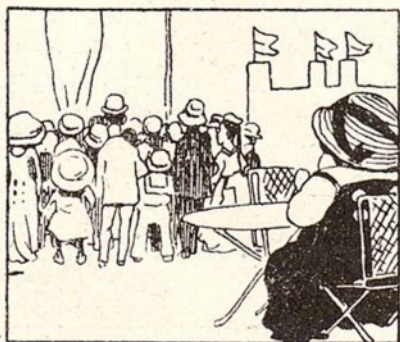
LA GASEOSA



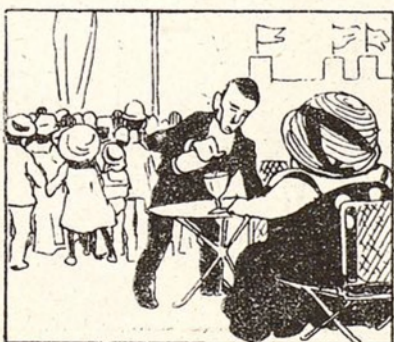
¿Pues señor: hace poco, el otro día,
saludé á doña Rufa en el tranvía.



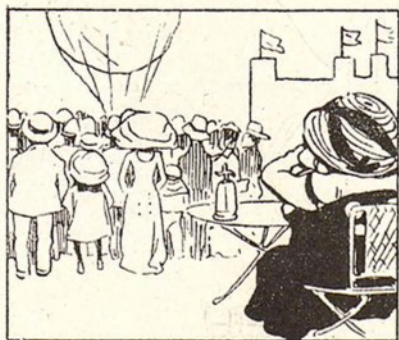
Y la vi apearse muy ufina
ante el Recreo de la castellana.



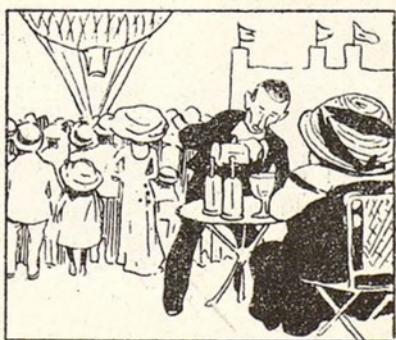
Un globo iba á salir; por consiguiente,
conseguí un sitio en que estar cómodamente.



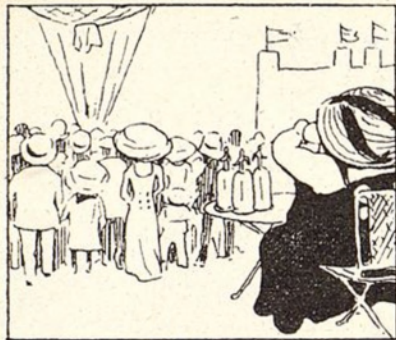
Como estaba la tarde calorosa
pidió un sifón de fresca gaseosa.



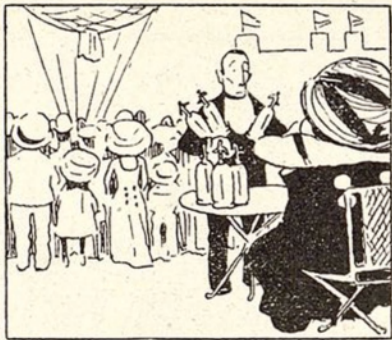
Y apenas la hubieron servido
apuró de un tirón su contenido.



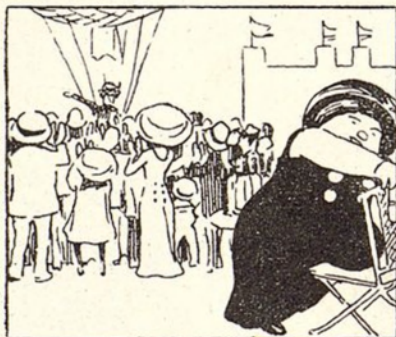
Más sifones le trajo el camarero
que siguieron la suerte del primero.



Como el globo de gas se va llenando,
y uno y otra muy bien se van inflando.



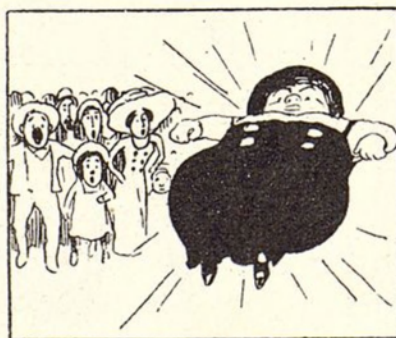
Y así como quien no quiere la cosa
se toma la centésima gaseosa.



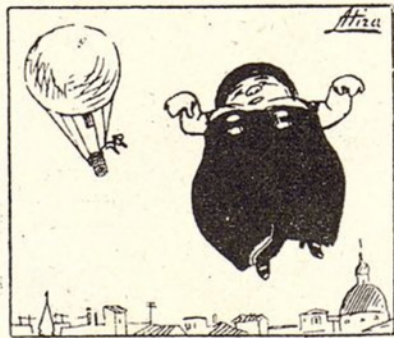
Por ver á la aeronauta en la barquilla
va á subirse de pie sobre la silla.



Empieza á hacer su efecto la bebida,
y cae como una bola adormecida.



De repente se siente un estallido
y el gas convierte en globo su vestido.



Por las nubes la vi pobre señora!
estuvo haciendo el ganso más de una hora.